

Capítulo VIII

La batalla de Otompan

MIENTRAS de este modo y por tales medios el perdido García del Pilar concertaba el descrédito, la ruina y la deshonra de los Ponce de León, sin más fin que el de contentar los caprichos y halagar, las pasiones de su amo Delgadillo, de otros dramas no menos sombríos y sí más terribles era actor y máquina principal.

Aquel carácter osado y atrevido, aquella inteligencia febril, activa, creadora, no se daba reposo ni un leve instante; y así como sus torcidas inclinaciones le condujeron á ser un humano demonio, si hubiese encontrado una mano fuerte, y una recta y firme voluntad que se hubiese propuesto enderezarlas por un buen sendero, en vez de habernos dejado odiosa y aborrecible memoria, García del Pilar habría sido una bella y simpática figura de la historia de aquellos tiempos.

Por desgracia, la vida de campaña es más propia para torcer las buenas intenciones que para enderezar las malas.

El soldado todo lo pospone á la valentía, y hecho á maltratar á la humanidad, su corazón es seco y yermo campo, donde no fructifica sino de un modo raquítico la semilla del amor al prójimo.

Poco sensible al infortunio, casi desconoce la piedad y la compasión.

García del Pilar fué un aventurero como otros tantos de aquellos días, y faltándole ese genio ó esa suerte que improvisó y continúa improvisando tantos jefes y caudillos de más ó menos importantes banderías, se consagró á medrar adulando y contentando la vanidad y los vicios de cuantos por su posición podían servir á sus instintos de personal engrandecimiento.

Atento á la consecución de sus fines, siempre procuró arrollar cualquier obstáculo que demorarlos pudiese, y obligado á halagar los vicios ajenos, aumentó y acreció el número de los suyos.

Herido por el desprecio con que todo poderoso vé á los instrumentos de sus maquinaciones cuanto más y mejor le sirven, vengó sus heridas causando otras semejantes en cuantas víctimas le deparó su infame oficio de tercero y criado de sus amos, y en todos los casos de esa naturaleza fué cruel y despiadado al último extremo.

La atroz codicia de aquellos hombres, á los cuales la posesión de las riquezas acrecía la sed de otras mayores, les condujo á cometer horrosos crímenes, y, con ellos familiarizados, nada jamás los hizo retroceder ni pudo servir de valladar á su ambición.

Así fué como despoblaron la tierra obligando á sus na-

turales á acometer las más rudas tareas, para arrancar de las entrañas del suelo los preciados tesoros de que un genio maravilloso habíalos formado.

Pero ¿cuándo la codicia se ha dado jamás por satisfecha y quién ha dejado de ambicionar más, cuanto más halagada ha visto su ambición?

No contento con los tesoros ya acumulados, nadie pensaba en más que en poseer otros nuevos, y como nunca la realidad es superior á la violencia del deseo, éste, por tal de verse satisfecho, borraba del corazón de los explotadores del nuevo mundo todo humano sentimiento, y los arrastraba á no tener piedad alguna de los míseros conquistados.

A este abuso de la fuerza, á este desconocimiento de las leyes de la caridad, fué á lo que trataron de oponerse los santos varones apostólicos que de los monasterios españoles salieron á implantar en las nuevas regiones descubiertas, la admirable doctrina del Mártir sublime del Calvario.

El combatido sistema de *repartimientos* y *encomiendas* aplicado á los países que el descubrimiento de Colón anexó á la corona de Castilla, no fué una forma de la esclavitud, como escritores apasionados y notoriamente falsos han querido dar á entender.

En países nuevos y desconocidos, en países en que no había sistemado gobierno capaz de administrarlos, en países tan extraordinariamente distantes del centro de la córte, los *repartimientos* fueron el más propio y natural medio para asegurar su posesión.

Cada *encomendero*, por su propio interés, había de procurar necesariamente mantener la paz y asegurar la sumisión de los indios de su *repartimiento*, de cuyos pro-

ductos el quinto correspondía á las cajas reales: por este medio el rey percibía libre una renta de consideración, sin gastos de ninguna especie, y el indio satisfacía al *encomendero* el tributo que de todas maneras habria de haber pagado á sus señores, ya indigenas, ya extranjeros.

El mal no estuvo, pues, en el sistema, sino en el abuso que de ese sistema hicieron los *encomenderos*.

Cuanto acerca de esos abusos pudiéramos decir sería pálido comparado con la realidad.

Por un lado la codicia de los pobladores, por otro la enérgica resistencia pasiva de los naturales, fueron las causas determinantes de aquellos abusos.

Aquella lucha había de redundar necesariamente en perjuicio de los naturales.

Los conquistadores habíanse acostumbrado á vencerlos y destruirlos en los campos de batalla, y si en sus relaciones ponderaron el valor de los indios más fué por exagerar el brillo de sus propias acciones y la cuantía de los peligros corridos, que porque en realidad le admirasen, y creyesen su existencia.

De otro modo aquel poblado imperio no se habria dejado dominar por un puñado de aventureros, que un puñado fueron nada más los conquistadores, comparados con la inmensa muchedumbre de los súbditos de Moctezuma y Cuauhtemoc.

Todas las grandes acciones de guerra de la conquista comprueban lo que acabamos de asentar, y sobre todas lo hace patente y claro la célebre batalla de *Otompan*.

Recuérdense sus circunstancias y se convendrá con nosotros en la exactitud de nuestro dicho.

Pocos días antes había tenido verificativo la épica de-

rrota de la noche del 1.º de Julio de 1520, que la historia nombra la *Noche Triste*.

Convencido Hernán Cortés de la imposibilidad de permanecer en la capital, levantada en masa contra los españoles, determinó salir de ella durante la citada noche del 1.º de Julio.

El cielo se mostró cubierto de una extensa y gruesa capa de nubes que haciánle en extremo oscuro, y una menuda y persistente lluvia caía sin cesar.

Después de implorada la protección del cielo, el ejército español emprendió la marcha por el camino de Tlacopán, la vanguardia al mando del invicto Sandoval, el centro á las órdenes de Cortés, y la retaguardia á las de Pedro de Alvarado.

Las tropas pasaron sin dificultad la primera cortadura, por medio del puente que consigo llevaban, después de haber dado muerte á los centinelas aztecas.

Pero antes de llegar á la segunda cortadura de la calzada, ya un aliado infiel, ya otra fatal coincidencia, hizo saber á los sacerdotes que velaban en la gran azotea del templo mayor, la retirada del enemigo, y de súbito rompió el silencio de la noche, multiplicado al infinito por la repetición de los ecos, el son melancólico y seco del gran *huehuell* de Huitzolpochtlí, que llamaba al combate á la muchedumbre de los súbditos del imperio.

Por ambas orillas, la calzada de Tlacopán se vió flanqueada de número inmenso de canoas, preñadas de enemigos, en tanta cantidad que á sí mismos se estorbaban, dificultando el ataque.

La oscuridad de la noche,—dice un historiador,—el estrépito de las armas, los clamores amenazantes de los combatientes, los lamentos y sollozos de los heridos, y

los lánguidos suspiros de los moribundos, formaban un conjunto no menos lastimoso que horrible.

Aquí se oían las voces de un soldado que pedía auxilio á sus compañeros; allá la de otro que clamaba á Dios misericordia.

Todo era confusión, clamores, heridas y muerte.

Cortés, como buen general, acudía intrépidamente á todas partes, pasando muchas veces los fosos á nado, animando á los unos, ayudando á los otros, y poniendo en los restos de su ejército el orden que podía, no sin gran riesgo de morir ó de caer en manos de sus contrarios.

El segundo foso se llenó de tal modo de cadáveres, que la retaguardia pudo pasar cómodamente sobre ellos.

Alvarado, que la mandaba, se halló en el tercer foso tan furiosamente embestido por los enemigos, que no pudiendo hacerles frente ni pasar á nado, sin evidente peligro de morir á sus manos, fijó la lanza en el fondo del canal y aferrando la otra extremidad con los brazos, y dando un extraordinario impulso á su cuerpo, se lanzó de un salto á la orilla opuesta.

Este prodigio de agilidad dió á aquel sitio el nombre, que hasta hoy conserva, del *Salto de Alvarado*.

Bernal Díaz se burla de los que creían en este salto y dice que era absolutamente imposible atendida la anchura y profundidad del foso, pero los otros autores lo citan por cierto y la constante tradición lo confirma.

Así lo dice el eminente historiador Clavigero, quien continúa su descripción del siguiente modo.

Grande fué la pérdida de los mexicanos en aquella noche.

Gomara dice que perecieron cuatrocientos cincuenta

españoles y más de cuatro mil hombres de las tropas auxiliares, entre ellos, según el mismo Cortés, todos los cholultecas.

Fueron también muertos todos ó casi todos los prisioneros, todos los hombres y mujeres del servicio de los españoles, y cuarenta y cinco caballos: se perdieron todas las riquezas que se habían recogido, toda la artillería, y todos los manuscritos de Cortés, que contenían la relación de cuanto había ocurrido hasta entonces á los españoles.

Entre los que faltaron de esta nación, los más notables fueron los capitanes Juan Velázquez de León, íntimo amigo de Cortés, Amador de Láriz, Francisco Morla y Francisco de Saucedo, hombre de gran mérito y valor: entre los prisioneros perecieron el desventurado rey *Cacamatzin* y su hermano, un hijo y dos hijas de Moctezuma.

No pudo Cortés á pesar de la grandeza de su corazón, refrenar las lágrimas á la vista de tanta calamidad.

En Popotla, aldea próxima á Tlacopán, se sentó sobre una piedra, no ya á descansar de sus fatigas, sino á llorar la pérdida de sus amigos y compañeros.

En medio de tantos desastres tuvo el consuelo de saber que se habían salvado sus más valientes capitanes Sandoval, Alvarado, Olid, Ordaz, Avila y Lugo: sus intérpretes Aguilar y D.^a Marina, y su ingeniero Martín López, en quienes cifraba principalmente su confianza de reparar su honor y conquistar á México.

Al rayar el día se hallaron los españoles esparcidos, cansados, penetrados de dolor y habiéndolos reunido y ordenado Cortés se pusieron en marcha para Tlacopán, perseguidos sin cesar por algunas tropas de aquella ciu-

dad y otros lugares, hasta un templo situado en la cima de un pequeño monte, á nueve millas al poniente de la capital, donde hoy está el célebre santuario y magnífico templo de Nuestra Señora de los Remedios, ó sea del Socorro.

Allí se fortificaron, según sus pocos recursos, para defenderse con menos fatigas de las tropas contrarias que los molestaron todo el día.

Descansaron algún tanto por la noche, y tuvieron algún refresco que les suministraron los *otomites* de los caseríos próximos, que vivían impacientes bajo el yugo de los mexicanos.

Desde aquel punto comenzaron á encaminarse hácia Tlaxcala, su único refugio en aquel desastre, perseguidos en toda la marcha por algunos cuerpos volantes enemigos.

En Zacamolco se hallaron tan hambrientos y reducidos á tanta miseria, que cenaron la carne de un caballo que murió en una acción de aquel día, y el general participó, como todos, de aquel alimento.

Los tlaxcaltecas se echaban al suelo para comer hierbas, implorando á gritos el socorro de los dioses.

Al día siguiente vieron en una llanura poco distante de Otompan un numeroso y brillante ejército ó de mexicanos, como dicen comunmente los historiadores, ó de tropas de diferentes pueblos excitados por los mexicanos á tomar las armas contra los españoles.

Algunos autores dicen que aquel ejército se componía de doscientos mil hombres, y los españoles se persuadieron que aquel día debía ser el último de su vida.

Ordenó el general sus abatidas tropas, extendiendo cuanto pudo el frente de su mezquino ejército á fin de

que quedasen de algún modo cubiertos sus flancos con el pequeño número de caballos que aun conservaba, y con el rostro enardecido dijo á sus soldados:

«En tal estrecho nos hallamos que sólo debemos pensar en vencer ó morir. Valor, castellanos, y confiad en que quien nos ha librado hasta ahora de tantos peligros, nos preservará del que nos amenaza.»

Dióse la batalla, que fué muy sangrienta, y duró más de cuatro horas.

Los españoles hubiesen perecido sin quedar uno sólo de ellos, sin el acto de extraordinario arrojo de Cortés, que sabiendo que los mexicanos se desbandaban una vez muerto su general, resolvió apoderarse de su persona lanzándose en medio de las huestes contrarias seguido de sus valientes capitanes Sandoval, Alvarado, Olid y Avila, hasta llegar al general mexicano, á quien echó al suelo de un lanzazo, no obstante la escolta de oficiales que le defendían.

Juan de Salamanca, valiente soldado de los que acompañaban á Cortés, desmontó con gran prontitud, quitó la vida al jefe enemigo, y arrancándole el penacho lo presentó inmediatamente al caudillo español.

El ejército contrario viendo muerto á su general y perdido su estandarte, se desordenó y huyó en tropel.

Los españoles, estimulados por tan gloriosa hazaña, le siguieron al alcance y le hicieron grandes estragos.

Esa victoria fué una de las más famosas que tuvieron los españoles en el Nuevo Mundo.

Señalóse en ella sobre todos el general español, de quien decían sus capitanes y soldados que no habían visto jamás tanta actividad ni tanto valor como el que había mostrado en aquella jornada, pero recibió una

gran herida en la cabeza, que fué empeorándose de día en día y puso su vida en gran riesgo.

Bernal Díaz alaba justamente el denuedo de Sandoval y hace ver la parte que tuvo este famoso oficial en la victoria, inspirando valor á todos con su ejemplo y con sus exhortaciones.

También elogian los historiadores á María de Estrada, mujer de un soldado español, la cual armada de lanza y rodela corría tras de las huestes enemigas, hiriendo y matando con un arrojo extraño en su sexo.

De los tlaxcaltecas dice Bernal Díaz que pelearon como leones, distinguiéndose entre ellos Calmecahua, capitán de las tropas de Mexixcatzin.

Aquel valiente jefe tomó en el bautismo el nombre de D. Antonio, y fué célebre más que por su valor, por su larga vida de ciento tres años.

La pérdida de los enemigos fué considerable: algunos escritores la calculan en veinte mil hombres, número increíble si se considera el miserable estado á que habían quedado reducidos los españoles, la falta de artillería y otras armas de fuego.

Estos perdieron casi todos los tlaxcaltecas y muchos españoles á proporción de su número, y todos salieron heridos.

Cansados de seguir á los fugitivos volvieron á tomar el camino de Tlaxcala por la parte oriental de la llanura. Allí pasaron la noche á descubierto y el mismo general, á pesar de su cansancio y de su herida, hizo personalmente la guardia para mayor seguridad.

Los españoles no eran ya más que *¡cuatrocientos cuarenta!*

Además de los muertos en los combates precedentes á

la noche infausta de su retirada, perecieron en ella y en los días siguientes *ochocientos setenta*, como asegura Bernal Díaz, y muchos de ellos habiendo sido hechos prisioneros por los mexicanos, fueron inhumanamente sacrificados en el templo mayor de la capital.

Capítulo IX

El electo

QUEDA á nuestro entender bien probada la exageración que la leyenda y los historiadores que la siguen dan al genio guerrero de los antiguos aztecas.

Ya lo hemos dicho alguna vez en este mismo libro y lo repetimos ahora en esta página.

El exceso de bárbara opresión á que tenían sometidos á sus súbditos aquellos tiránicos emperadores, había matado en ellos todas las grandes virtudes, y más que ninguna la del amor á la patria.

Por eso se aliaron con facilidad á los extranjeros que llegaban á sojuzgar aquella inmensísima nación, y cambiaron gustosos el viejo yugo por el nuevo que se les imponía en nombre del rey de España.

Nada rebaja más á un pueblo que el exceso de la tiranía.

No faltaron, y esto nada tiene de extraño, numerosas excepciones en aquella regla.

Muchos indígenas hubo que fueron el honor de la raza vencida, y se mostraron capaces de ser dignos competidores del heroico Hernán Cortés.

Pero todos ellos se encontraron aislados en medio de la muchedumbre de sus compatriotas, que no pudieron ó no quisieron secundarlos.

La prisión del gran Cuauhtemotzin bastó para asegurar la dominación general española.

Caído el señor, sus esclavos creyeron de su deber sucumbir.

Y la nación se mantuvo en absoluta paz hasta que trescientos años después de la conquista, los mismos descendientes de los españoles tuvieron á bien proclamar su independencia.

Si antes de esa época hubiese existido verdadero espíritu nacional, España no habría dominado tan fácilmente al Nuevo Mundo.

Bien hemos visto cuanto contribuyeron á facilitar la insurrección de estos reinos las deplorables y continuas rencillas de los conquistadores, en los mismos primeros años de la fundación de estas colonias.

Un pueblo que realmente lo hubiera sido, habría en aquellos días lanzado del territorio nacional á aquel puñado de hombres ambiciosos, que, atentos sólo á satisfacer su sed de mando y de riquezas, dieron á los vencidos el triste ejemplo de su desunión é impías enemistades, sin cuidarse del riesgo en que con ellas ponían al reino y su conservación.

¿Contribuyó esto al exceso de los abusos de que hicieron víctimas á los naturales?

Indudablemente que sí.

Gente vencida á tan poca costa, era excelente para esclava.

Así es como se llegó á cometer con ella el desacato de lesa humanidad de poner en duda si los naturales debían ser ó no considerados como gente de razón.

Así fué como el odioso Nuño de Guzmán vendió como esclavos á los infelices habitantes de su gobernación de Pánuco, diciendo en disculpa y descargo de su inhumanidad, *que en cambio de ellos había dotado á aquellas comarcas de bestias y animales útiles que allí no existían.*

Sólo Dios sabe la suerte que á estos países hubiese estado reservada, si tras los soldados no hubiesen venido á ellos aquellos santos misioneros que *han sido, son y serán la honra de España y de toda la humanidad.*

Ellos fueron quienes verdaderamente implantaron en América la civilización, destruyendo la bárbara, la estúpida y horrible religión idólatra, que puede ser considerada como la más genuina representación del salvajismo.

Ellos evitaron la total destrucción de las razas que habitaban el país, cumpliendo con rara energía la misión de protectores de los indios que les confiaron los reyes españoles.

Sin su poderosa intervención, aquellas razas habrían desaparecido como han desaparecido de otros países en los cuales faltó la santa y salvadora influencia del catolicismo.

¿Y cuando tal hizo el sacerdocio católico se le ha tachado de oscurantista y de ambicioso, y se ha considerado su influjo el más pernicioso de los influjos posibles!

Afortunadamente quienes tal cosa han dicho no han

podido probarlo sino con vanas declamaciones, que el criterio imparcial de la historia ha probado ser falsas de toda falsedad.

¿Qué prueba mejor para el caso que el conocimiento de la vida y hechos del gran FRAY JUAN DE ZUMÁRRAGA, cuya santidad y virtudes no comprendemos como no han sido elevados á los altares de nuestra Iglesia?

Ya hemos dicho en otro lugar de este libro, tomándolo del más ilustre de los biógrafos del Sr. Zumárraga (1), como Carlos V se fijó en el humilde fraile del convento del Abrojo para hacerle primer obispo de México.

La gravedad, devoción y compostura del guardián, su desprendimiento y amor á la pobreza, la rectitud, madurez y buen juicio con que desempeñó la delicada misión que le confió de purgar el suelo de Navarra de las herejías en él sembradas por un célebre embaucador francés, hicieron comprender al emperador que Fray Juan de Zumárraga merecía brillar en distinguido y elevado puesto que realizase sus méritos y virtudes.

Trabajo le costó vencer la humildad del santo guardián del Abrojo, que sólo aceptó el nombramiento por obediencia á su prelado, á quien Carlos V hubo de ocurrir para que Zumárraga retirase su renuncia.

Urgía poner remedio al desconcierto que en México reinaba á consecuencia de la estúpida tiranía de los oficiales reales, y Zumárraga salió de Sevilla á fines de Agosto de 1528, embarcándose con los odores designa-

(1) D. Joaquín García Icazbalceta. *Estudio biográfico y bibliográfico de D. Fray Juan de Zumárraga, primer obispo y arzobispo de México*.—México. Librería de Andrade y Morales, 1881. — De esta admirable obra haremos frecuentísimo uso en estas humildes páginas.

dos para formar la primera Audiencia, sin aguardar á recibir sus bulas ni consagrarse.

Llegado á México el 6 de Diciembre del mismo año y noticiosos los indios de que el rey les enviaba un protector que los defendiese contra los encomenderos y malos gobernadores, salieron al camino, llevándole presentes que no quiso aceptar: aposentado en el convento de San Francisco, los señores de los naturales acudieron á él, y después de recomendarles que fuesen buenos y prudentes, para hacerse dignos de la protección del rey, les dijo, sirviéndole de intérprete el venerable Fray Pedro de Gante, que no recibiría cosa alguna de cuantas le trajesen, ni aun comida, porque el rey le proveía de todo lo necesario.

«Aunque el Sr. Zumárraga,—dice el biógrafo tantas veces citado,—veía con gran pena los excesos de la Audiencia, y por lo tanto las tropelías de que eran víctimas los españoles, no podía hacer otra cosa que lamentarlas ó interponer buenos oficios, porque no estaba en su mano el remedio; pero tratándose de los indios, el caso era muy diverso. Traía título de protector de ellos y el soberano le había encargado que cuidara del cumplimiento de las leyes que los favorecían. Tenía, pues, estrecha obligación de acudir á su defensa, y no esquivó la lucha, aunque combatía con grandes desventajas. El cargo se le había dado en el supuesto de que hallaría entera conformidad y franca cooperación por parte de las autoridades superiores, cuyo auxiliar venía á ser, y no tendría que proceder sino contra particulares ó empleados inferiores; pero no se contaba con que los peores enemigos serían los mismos encargados de sostenerla.»

El mismo historiador pinta del siguiente modo con el

admirable estilo y maravillosa lógica que distingue sus obras, honor de la literatura mexicana, la difícil posición de los protectores en general y en especial del Sr. Zumárraga.

«La creación de los protectores de indios fué una medida que da mejor idea del corazón que de la cabeza de sus autores; porque esas piezas extrañas de la máquina política, sirven nada más para complicar el mecanismo y entorpecerle, en daño antes que en provecho de la obra intentada. La corte misma no acertaba á definir la jurisdicción y facultades de los protectores: quejábanse éstos, y con razón, de que no sabían á punto fijo cuál era su carácter, ni lo que debían hacer, de donde se originaban frecuentes disputas con las autoridades. Los indios, validos del favor que encontraban en sus protectores, no se reducían á quejarse de lo injusto, sino que de continuo los asediaban, queriendo aprovechar la ocasión hasta para excusarse de lo debido. Contaban además con defensores acérrimos en los frailes, que no cesaban de inquietar á los protectores, poniéndoles escrúpulos de flojedad y cobardía. Las autoridades, por regla general, veían de mal ojo á aquellos importunos censores, considerándolos como estorbos para la buena gobernación; pero cuando el poder caía en manos de hombres perversos, la mala voluntad se convertía en odio declarado. Casi todos los españoles llevaban también pesadamente una intervención tan contraria á su codicia. El mismo protector se veía así empujado por los indios y frailes, y más que todo por la propia conciencia: quería cumplir con su obligación y echaba de ver que tenía contra sí á ricos y poderosos; que no se le habían dado medios para hacerles frente; que su jurisdicción era vaga, sus facultades

des mal definidas, su única fuerza las armas espirituales, poderosas entonces, es verdad, pero no tanto que no fueran burladas muchas veces por conquistadores desalmados que con la espada cortaban el nudo de las controversias, ó por letrados sofistas que en los laberintos del derecho sabían siempre encontrar doctrinas favorables á sus desmanes. De esos choques entre gobernantes laicos y protectores eclesiásticos solían brotar verdaderas y peligrosas competencias de jurisdicción; no ya tanto por causa de los indios, cuanto porque excitadas las pasiones y empeñado cada uno en la defensa de su estado, el civil iba á cometer tropelías dentro del eclesiástico, y éste invadía á veces los límites del civil. La posición de los frailes era bien ocasionada, porque el deseo de mandar es tan dulce que fácilmente se insinua en el ánimo á excusas, y cuando creían obrar por pura caridad, solían defender, antes que á los indios, el imperio que ejercían sobre ellos. Pero de todos modos, como los naturales sufrían entonces tan crueles vejaciones de aquellos mismos que más debieran ampararlos, la única defensa que les quedaba tenía que ser muy vigorosa, y expuesta, por lo mismo á excederse de la justa medida.

»A tan graves dificultades se añadía otra, nacida de las circunstancias particulares del Sr. Zumárraga. Era obispo, pero aun no estaba consagrado, de manera que cargaba con las obligaciones de tan alta dignidad y para cumplirlas no contaba con el respeto que infunde el sagrado carácter episcopal. A cada paso le echaban en cara sus contrarios, que no pasaba de ser obispo *electo* ó presentado, y no cesaban de repetirle que era un simple fraile como otro cualquiera. Bien conocería entonces el yerro que había cometido de venir sin la consagración.

Verdad es que le apoyaban con todas sus fuerzas los franciscanos, pero desgraciadamente las divisiones de aquellos tiempos había trascendido al estado eclesiástico y los dominicos eran en general partidarios de la Audiencia. La orden se distinguió en América por su adhesión á las doctrinas del P. Casas y aquí, ahora, al paso que los franciscanos tomaban con tanto calor la defensa de los indios, los dominicos apoyaban á quienes los perseguían...

«Poco después de llegado á México, Zumárraga presentó en la Audiencia su nombramiento de protector de los indios, pidiendo al mismo tiempo que como á tal le diesen lugar al desempeño del encargo. Respondieronle que sería obedecido lo que S. M. mandaba y que le prestarían el auxilio del poder real; pero añadieron en tono de queja ó de reconvención que él había delegado sus facultades en otros religiosos que usurpaban la jurisdicción de la Audiencia, y pretendiendo ser jueces civiles y criminales, se entrometían en cosas totalmente ajenas á su ministerio. El obispo, para usar de su oficio, quería nombrar visitadores de cuyas decisiones se apelara á él y no á la Audiencia, conocer de todas las causas entre los indios, y castigar á los españoles que los agraviasen.»

La Audiencia juzgaba exorbitantes tales pretensiones, y el obispo no podía pretender menos si de cumplir había con las obligaciones de su título.

Con motivo de la visita que los señores de los naturales hicieron al obispo, pronto se propagó la noticia de la llegada del protector y comenzaron los indios y los españoles á acudir con sus quejas.

«Fueron tantas y tan feas, que el protector consideró

necesario hacer informaciones contra los delinquentes. Súpolo el factor y al punto comprendió la gravedad del caso, por el estorbo que iban á encontrar sus dañados intentos, si se dejaba pasar adelante aquel negocio. Fué pues al presidente y oidores: dijoles lo que pasaba y que si lo consentían «se echaban á perder,» porque los indios no les harían caso, ni se podría sacar partido de ellos, una vez que tuviesen juez á quien acudir por desgravio. No despreciaron los de la Audiencia el aviso, sino que inmediatamente mandaron notificar al obispo que para nada entendiéndose con lo tocante á indios, porque eso pertenecía á la Audiencia, según las instrucciones de su majestad, y él no era más que *obispo electo ó postulado*: que doctrinase á los indios si le parecía bien, pero que no se mezclara en otras cosas. El obispo respondió con moderación, que convendría se juntasen con él para examinar las provisiones reales, y obedecer lo que mandaban, pues no pensaba dejar de cumplir con su obligación, aunque supiera que le había de costar la vida. Oída la respuesta, tornó la Audiencia á notificarle que no ejerciese el oficio de protector, porque le castigarían con destierro y pérdida de rentas, además de proceder contra su persona. Repliqué el obispo lo que juzgó conveniente sin que le fuera dable aconsejarse con letrado, porque todos huían de él y no querían verle en su posada y menos recibirle en la propia. El presidente y oidores mandaron entonces pregonar que ningún español acudiese al protector por negocios de indios, sopena de perderlos, ni tampoco los indios con quejas porque serían ahorcados. Puso tanto miedo á todos aquel *pregón* que nadie osaba hablar con el obispo más que *con descomulgado*. Pero no desmayó al verse en tal abandono, antes solía amonestar y rogar

en secreto á los de la Audiencia que cesaran en sus abominaciones y no le impidieran desempeñar el encargo de S. M. Proponiales diversos medios de conciliación; mas como nada aprovechaba se resolvió á tocar la materia en sus sermones con amenaza de que conforme á las órdenes del rey le daría aviso de lo que pasaba. Sabido por el presidente como predicaba el obispo, se dejó decir que á estar él presente le habría echado del púlpito abajo, lo cual no era hablar al aire según lo que después se vió. En fin, por no oírse reprender públicamente, dejaron de asistir los de la Audiencia á los sermones y se iban los días festivos á hacer *jiras* en las huertas de los suburbios, de que no poco escándalo se seguía al vecindario.

«Así las cosas, no quisieron todavía aquellos hombres dejar en paz al obispo, y acaso por ponerle temor ó nada más por desahogar su encono, le hicieron notificar un escrito desvergonzado é infame, en que decían, tanto del obispo como de los demás religiosos, cosas abominables. Sintiólo mucho el prelado, pidió copia del escrito y se la negaron. A pesar de todo, deseoso de poner término á unas desavenencias que escandalizaban á los nuevos convertidos, habló primero á solas con el presidente y luego con toda la Audiencia, delante de los principales religiosos dominicos y franciscanos, proponiendo nuevos medios para que él pudiera ejercer su cargo de protector, sin menoscabo de la autoridad de la Audiencia. Tampoco por ese camino se logró una concordia, y como mientras pasaban todas estas cosas, los indios no cesaban de quejarse, hubo al cabo de surgir un incidente que agravó el desacuerdo y produjo escenas desfavorables.»

Esto será asunto de los subsecuentes capítulos.

Capítulo X

Venganza aplazada

GARCÍA del Pilar, satisfecho de la intriga por él ideada para satisfacer el amoroso capricho de Delgadillo, salió á tomar las últimas disposiciones encaminadas á afirmar su triunfo, cuando en la puerta misma de la casa habitada por el oidor presentósele, cortándole el paso, nuestro antiguo conocido Hernán López, diciéndole con grave acento:

—Tengo que hablarte, Pilar.

A lo que éste contestó, procurando hacerle á un lado.

—Pues hoy no puedo escucharte: en compensación te espero mañana en las bodegas de mi amo: con que hasta mañana.

—Mañana será tarde,—replicó Hernán López tomando de un brazo á Pilar antes de que hubiera podido separarse ni un sólo paso.

—¡Hernán!— exclamó García arrebatado de ira,—te digo que hoy no puedo escucharte.

—Entonces hablaré al mismo Delgadillo.

—Tampoco podrá escucharte.

—Piénsalo bien y medita en que si por las ramas andas el *electo* te partirá por el tronco.

Pilar ya no pretendió marcharse, y con marcado interés, aunque con expresión de soberano desprecio, replicó:

—El *electo* dices: ¿pues qué todavía se mueve ese fraile?

—Y tanto,—contestó Hernán López,—que milagro será no os derribe del pedestal en que os habéis alzado.

—¿Pues qué ocurre?

—Ocurre que cansado de los estorbos que al desempeño de su cargo de protector venís oponiéndole, está, según parece, pronto á jugaros una mala pasada.

—¿A propósito de qué?

—A propósito de los indios de Huexocinco.

—Ya se le ha dicho que no se ande metiendo en lo que no le compete y es del único y exclusivo resorte de la Audiencia.

—Ya, pero es que él no lo cree así, y está muy por el contrario en sus trece de que ese asunto está en sus facultades de protector el componerlo.

Los indios se quejan de que indebidamente se les exigen tres tributos: uno es el que deben al rey y contra el cual nada dicen; otro el que les han impuesto los oidores obligándolos á surtirles de cuanto mejor les acomoda, y otro el que tú, Pilar, les has pedido, nada más que porque eres muy hombre para hacer lo que á las ganas te se viene.

Contra los dos últimos andan rebelados y añaden, que como para entregar los tres tributos no les basta la

gente de que disponen, y tienen que cargar aún á las mujeres y á los niños y hacerlos atravesar con gran fatiga ásperas y quebradas serranías, las labores de sus campos se arruinan y perjudican, y en la caminata perecen sus gentes, llevando hasta la fecha perdidos más de cien individuos de sus familias y parientes.

—Todas esas quejas son falsas y no proceden de los indios, que invenciones son de los frailes: así se lo hemos dicho al *electo* cuando fué á hacérnoslas saber, y nada pudo contestar al mentís, y ni siquiera supo decirnos quién fué quien tan mal le enteró.

—Pues efecto sólo fué de su prudencia, porque puedo, Pilar, jurarte que esas quejas dirigiéronselas personalmente los huexocincos.

El obispo les recomendó que nada dijese de haber hablado con él, á fin de que no se les siguiese ningún perjuicio y ellos, como ladinos que son, así se lo ofrecieron.

—Pues allá ellos se las avengan y sin zozobra me tienen, mientras sigan pagando los tributos.

Ya sobre este punto dijimos al *electo* que no habremos de dispensar el tributo á los Huexocincos así supiésemos que no había de quedar uno solo con vida.

Conque si no tienes más que decirme...

—Si que tengo.

—Pues vé de decirlo pronto, y sobre todo no me detengas contándome lo que ya sé.

—Pues vé diciendo si sabes que el *electo* ha salido en persona á levantar una información.

—Di más, porque si lo sabia, y por sí ó por no, hemos enviado á esa indiada al alguacil Pedro Núñez, á fin de que eche mano á los caciques, y nos los traiga

amarrados como perros para aquí darles su merecido.

—¿Y ha cumplido Núñez con su comisión?

—No lo sé de cierto, pero supongo que sí.

—Pues mal supones.

—¿Por qué?

—Porque me consta que, avisados los indios, se acogieron en el convento que allí tienen los franciscanos, y á las intimaciones de Núñez ha contestado el guardián Fray Toribio Motolinía, que primero le arrancarán los ojos que él consienta en que le sean arrancados los asilados.

—¡Ola! ¿con qué esas tenemos?

—Tenemos más aún.

—¿Qué es ello?

—Que congregados en el convento, el *electo* y los franciscanos han resuelto enviar á México un predicador que en la misa de mañana domingo subirá al púlpito á hacer la defensa de los huexocincos y los frailes, y á acusar á la Audiencia de rebeldía contra las órdenes de Su Majestad.

Según se dice tienen pagada gente que desde temprano invadirá la iglesia mayor y que cuando el predicador así se lo indique se echará sobre la Audiencia, y arrastrará á todos sus ministros y á ti por concomitancia.

—¡Ah! ¡malditos! ¿con que eso piensan?

—En eso nada menos.

—Pues vive Dios que ha de salirles el cuento peor que se lo figuran.

Por tierra echan una intriguilla que preparada para hoy tenía y á cuyo éxito no podremos concurrir, ni Delgadillo ni yo, pero, ¡por Cristo! que caro lo han de pagar.

Ahora bien, ¿quieres hacerme un favor que habrá de serte bien pagado?

—Lo haré, y no por la paga.

—Bien está y te lo agradezco de antemano.

—¿De qué se trata?

—Respóndeme ¿amas aún á Esperanza Ponce?

—¿Por qué me lo preguntas?—inquirió Hernán López palideciendo de súbito.

—Porque la verdad es que desde el día aquel en que de este asunto hablamos en las bodegas de tu amo, no he vuelto á sorprenderte rondando la casa de Esperanza, proceder que acredita tu prudencia y buen sentido, pues claramente te dije que esa moza la quería para sí Delgadillo.

Hernán López, más pálido cada vez, contestó á García del Pilar con voz grave y patente fiereza.

—No fué, te lo juro, ese capricho lo que de Esperanza me hizo retirarme; por fuertes, por poderosos que tanto tú como Delgadillo os estiméis, tengo sobrada confianza y experiencia en mi brazo, para no saber que uno y otro sois ante la hoja de mi espada nada más que unos cadáveres, si blandirla contra vosotros se me pone entre ceja y ceja alguna vez.

—Arrogante estás, Hernán López.

—Tómalo como mejor te acomode, Pilar, pero si así quieres hacerlo no hablemos más sobre la posibilidad en que estoy de cumplir mi amenaza.

Seamos amigos todavía y dí sin más preámbulos lo que de mí pretendes.

Ten, sí, presente, que si de Esperanza me alejé, la causa y la razón en su liviandad están, no en el temor que vosotros podáis inspirarme.

—¿En su liviandad dices?

—En su liviandad repito. Que tú no me hayas visto rondar las ventanas de Esperanza, no prueba que yo no las haya rondado.

Las rondé, sí, y rondándolas me enteré de que esa liviana mujer esperó una noche en ellas á tu amo Delgadillo.

—¿Cuerpo de Dios! ¿con qué eso viste?

—Con mis propios ojos.

—¿Y viéndolo lo sufriste?

—¿Si por Dios! por orgullo lo sufrí: por orgullo, sí, y por orgullo no quise arrancar la vida á mi afortunado rival, pues al hacerlo, Esperanza hubiese creído que la estimaba en tanto que confesaba mis celos y mis celos ven-gaba.

Preferí hacerla creer que despreciaba su liviandad.

Nada es tan ridículo en un hombre como confesarse dolorido por desdenes femeniles.

Nada contenta tanto á una mujer como el homenaje que con su desesperación le rinde un amante celoso ó desdeñado.

Hé ahí lo que yo quise evitar, desviando en silencio mi despecho y dolor.

Hé aquí por qué nunca te he hablado de esto, García del Pilar, no obstante, que no he olvidado la ofensa que me hiciste como tercero de Delgadillo, y no obstante que no te la he perdonado ni la perdonaré jamás.

—¿Y con qué fin vienes á decírmelo?—preguntó García del Pilar con cierta insolencia.

—Observa,—contestó Hernán López con mesura,—que no he hecho más que responder á tus preguntas.

Aun no es llegado el momento en que yo habré de venir á decírtelo.

Cuando tal sea, la espada y no la lengua será la que de ello te hable.

—Sabes de hoy para entonces que en el tono que me hables en ese te responderé.

—Así lo espero; sentiría tener que matar como á un perro á un hombre como tú, y llegada la hora, créelo que lo haré, si no te encuentro capaz de esperarme frente á frente.

—¿Lo dudas acaso?

—Hoy no.

—Te agradezco que así lo creas, y te respondo de no darte motivo para que lo dudes mañana ó esotro día; pero piénsalo bien; si por acaso temes que mañana no sea yo digno contrario tuyo, no fies á mañana tus rencores y aprovéchate del hoy.

—Que no, te he dicho, y no ha de ser.

Bien sé que para hombres como nosotros la vida no es un bien á cuya conservación demos más valor que á otro bien cualquiera.

Si hoy riñésemos y hoy te matase, dejarías la vida casi sin pesar alguno.

Hijo de la casualidad y la aventura, los bienes que has acumulado no son tu única aspiración, ni contentan por sí solos tu ambición.

Nuestra riqueza, nuestro bien están en el ingenio con que desde humilde y desvalida clase nos hemos elevado á la privanza de hombres poderosos que hacemos á nuestro antojo servir á nuestros intentos.

Nunca han de faltarnos necios á quienes dominar.

Pero yo he sabido lo que tú ignoras aún; he sabido

que para nosotros como para todos los hombres también existe la felicidad.

Yo creí, yo supe que esa felicidad existía para mí, en el amor de Esperanza Ponce.

Tú te encargaste de hacer imposible esa felicidad.

Cuando yo haya logrado contigo otro tanto habrá llegado el instante de mi venganza.

García del Pilar contestó la amenaza de Hernán López con una franca y estruendosa carcajada.

—¿Ries?— repuso éste con fingida indiferencia;—bien está, tal vez me he engañado respecto al objeto de tus visitas á una casa de la calle que va á las Atarazanas...

García del Pilar no dejó concluir su frase á Hernán López y poniéndose cien veces más pálido que su amigo, con mano de hierro le tomó de un brazo, diciéndole con concentrado acento:

—Maldito seas una y mil veces si algo contra esa casa intentas.

¡Ah! Hernán López: me has herido en la única fibra sensible que en toda mi naturaleza existe.

Si, lo confieso: en vano trataría de ocultártelo cuando ya mi emoción me vendió traidoramente.

Si, es verdad, allí está lo que yo amo como es imposible que tú puedas amar jamás.

Héme aquí en el caso que verme querías.

Es verdad, Hernán López, yo te excito á que esta sea la hora de tu venganza: márame ó déjame que te mate.

Y al decir esto García del Pilar desvainó su espada y la blandió colérico en los aires.

Hernán López se cruzó de brazos y sonriendo con insultante satisfacción, replicó:

—No; aun no, García del Pilar. Hay desigualdad en nuestras fuerzas; tú eres sin duda feliz; yo soy muy desgraciado; aguarda á serlo tanto como yo.

Y sin esperar respuesta Hernán López salió del zaguán de la casa de Delgadillo, diciendo al salir:

—García del Pilar, ¡hasta mañana!